

*Conexión  
perdida*



# **Conexión perdida**

Delano Gonzalez

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del autor.  
Todos los derechos reservados.

*Título original:*                *Verloren verbinding*  
*ISBN:*                                *978-90-821295-3-3*  
*© 2021:*                              *DColumns*

*Traducción:*                      Delano Gonzalez  
*Corrección, mejora:*        Amapola Cabrera Silvius

© 2023, edición en castellano para todo el mundo:  
ISBN:                                978-94-648-5040-6  
Editorial:                          DColumns  
Imprenta:                          mibestseller.es

*Ilustración cubierta:*        Joshua Woroniecki (Pexels)  
*Diseño de la cubierta:*      Delano Gonzalez

*Printed in Spain* – Impresa en España

## Nota del autor

Pensando en la próxima visita a la familia española, se me ocurrió la idea de traducir mi libro '*Verloren verbinding*' para ellos: sería un regalo muy personal. Sabían que lo había escrito, pero en holandés. Especialmente a mi madrina Paqui le encanta leer. Al igual que Ricardo, uno de los dos protagonistas de este libro, hice un curso de español. Pero, como él, no domino el idioma a la perfección. Por eso pedí ayuda a Amapola Cabrera. Yo iba traduciendo cada capítulo en borrador y ella corregía la traducción.

Al menos, esa era la idea: como ella no sólo la corregía sino que la enriqueció lingüísticamente y daba sugerencias de forma proactiva, por ejemplo para reflejar mejor los matices, la traducción del libro mejoró diez veces. Por lo tanto, no puedo agradecerle lo suficiente el duro trabajo que ha realizado. Sin embargo, todavía pueden quedar algunos errores; estos, por supuesto, son míos.

Como quería traducir el libro para la familia y, por tanto, al español de España, tenía un dilema: la segunda protagonista, Susana, es argentina. En la versión holandesa no importaba, ya que todo el mundo 'habla' en holandés. Pero ahora es diferente. Sé que en la Argentina hablan otro tipo de español; por ejemplo, no 'tú tienes', sino '*vos tenés*'. Hay palabras y expresiones diferentes, aunque sólo conozco unas pocas. Por eso elegí que Susana, y los demás personas, hablaran en el español de España, con algunas excepciones. Por ejemplo, '*pibe*' (chico). Así que si alguien con sangre latina lee este libro: lo siento, vosotros también sois buena gente.



## \* 1 \*

Sobrevolando los Países Bajos, se pueden ver ciudades, carreteras, agua y tierras de cultivo. Todo estructurado y bien dividido en planos. Sobrevolando España, se ven las formas más sinuosas, como una especie de colcha de retazos. Te prepara para una actitud vital más caótica y bastante menos estricta de lo que estás acostumbrado. Aterrizo en el aeropuerto de Málaga con un retraso de cuarenta y cinco minutos. En la sala de llegadas, echo un vistazo a mi alrededor. Todo está revuelto. Veo varias chicas guapas que trabajan para las empresas de alquiler de coches y otros timadores. También hay un mostrador de información. Un tubo fluorescente parpadea en el techo.

Me dirijo al mostrador e intento ahogar el eco de los anuncios en inglés, ya que sé muy pocas palabras en español. Le pregunto a la chica desde dónde sale el autobús al centro de la ciudad. Parece un poco tímida y saca un folleto de un cajón. Como estoy recostado sobre el mostrador, puedo ver la parte superior de su cuerpo y no me entero de gran parte de la respuesta. Tiene el cabello oscuro y hermoso, un poco recargado y la piel bonita. Me doy cuenta de que levanta la vista y me dirijo de nuevo a sus ojos verdes. Parece un poco enfadada y entiende claramente que mi atención no estaba allí. Oigo el número del autobús. Cuando le pregunto con qué frecuencia sale el autobús, me responde cortamente que debo esperar en la parada. Vuelvo a la cinta de equipaje y apenas me da tiempo a coger mi maleta antes de que vuelva a entrar en el gran agujero.

Como mi vuelo salió antes de las siete de la mañana, tengo una necesidad imperiosa de cafeína. Afortunadamente, sólo hay dos personas esperando frente a la cafetería. Leo las opciones y veo algo que no conozco: *café cortado*. Justo en ese momento, es mi turno. Aunque sigo si saber lo que es, lo pido de todos modos.

Un café delicioso, que quizás se parezca más a un expreso con un poco de leche. Pero algo diferente y, sobre todo, más sabroso. Es exactamente la fuerza que necesito en este momento.

El autobús se detiene de nuevo. El panel de información muestra cuatro paradas más hasta la parada final. Debería estar aquí por algún lugar. Pero realmente no me importa si estoy en el lugar correcto. Todas esas palmeras y el sol, ¿qué más quiero? Pulso el botón de parada y el autobús se detiene en una curva. El conductor grita algo que no entiendo. Hace un gesto para que me baje. ¿Es una parada de autobús? Me dirijo a la puerta y vuelvo, ya que casi me olvido de la maleta.

Ahí estoy, en una acera estrecha. ¿Cómo se llama esta calle, o la que está al otro lado de la curva? Busco un rato, pero no encuentro el nombre de la calle. Veo una escalera que baja a otra calle estrecha. Allí, en la distancia, veo una señal. Desde aquí, no puedo leer lo que dice. La calle está tranquila y me pregunto si podré aclarar del todo que estoy buscando una escuela de idiomas en concreto. Sin embargo, debería estar en una calle estrecha.

Decido arriesgarme y bajar la escalera, que con la maleta es mucho más pesada de lo esperado. Estamos a principios de marzo, pero hace bastante calor al mediodía. Después de demasiados pasos, acabo en otra acera. El cartel dice un nombre de calle diferente al que estoy buscando. Miro a mi alrededor y veo un bar con una bandera alemana al otro lado de la calle. Tal vez alguien pueda ayudarme. En la ventana se ve una silueta, una silla y una mesa. Con suerte, ya estarán abiertos.

Al cruzar la carretera sin mirar con atención, pongo en peligro involuntariamente a un ciclista. Me maldice. Golpeo la ventana, alguien se sobresalta y corre hacia la puerta. Este hombre me desea buenos días, con un acento que claramente no es de Alemania. Como mi alemán es mucho mejor que mi español, le pregunto en alemán si puede ayudarme a encontrar la escuela de idiomas. Pasados unos minutos me entero que tengo que volver a caminar unos quinientos metros. Subir las escaleras es el camino más corto, pero en vista de mi maleta, me aconseja seguir esta misma calle, luego girar a la izquierda en el cruce y cruzar hasta llegar a una pequeña plaza. Entonces no tiene pérdida.



Ha aprendido alemán hasta un nivel razonable en la misma escuela de idiomas porque quería trabajar en Alemania, pero finalmente se quedó por su familia.

Enciendo un cigarrillo y diez minutos después llego a la escuela de idiomas. Me dan la llave del piso que compartiré con otro estudiante durante un mes.

Cuando abro la puerta, oigo algo escandinavo. Un chico con granos deja su móvil y me mira con inquietud. Me presento como Ricardo y digo que vengo a quedarme aquí unas semanas. El apretón de manos de este Bjørn de Dinamarca es débil; está temblando un poco. El chico se ha tomado un año sabático para decidir qué estudio quiere seguir y mientras tanto está aprendiendo español. Ahora gana algo de dinero en un centro de llamadas de un proveedor de energía danés. Debido al menor coste de la vida, se ha establecido aquí en Málaga. No lo entiendo del todo, pero da igual.

Me pregunto si este chico más bien tranquilo es un pelma adecuado para el trabajo que realiza. En los pocos minutos que nos conocemos, noto que no voy a establecer una relación con él. Sólo tenemos en común el curso de idiomas y este piso. Alguien que te saluda al pasar y nada más. El hecho de que él tenga clases por la mañana y yo por la tarde no lo hace más fácil.

Como sólo responde brevemente a mis preguntas y no pregunta nada en cambio, voy a echar un vistazo al piso y a mi habitación. Hay un azulejo suelto en el pasillo, que hace un sonido irritante cuando lo pisas. En el cuarto de baño, hay una bañera parcialmente moldeada, la taza del váter está amarillenta, un espejo resquebrajado en el fondo con manchas de dentífrico y un grifo que se mueve al abrirlo. Es como mi antigua casa de estudiante. Pero aquí, mi habitación es bastante amplia, con una cama individual y un gran armario. Contra las paredes finas hay tiras torcidas de papel pintado que en su día debieron de ser un hermoso dibujo en verde y blanco. Sobre un escritorio tambaleante con una silla ídem hay una lámpara que no funciona. La habitación tiene incluso un pequeño balcón, en el que parece que se ha cortado las uñas el anterior alumno.

Las uñas y el nombre Bjørn me recuerdan al oso sueco. En el zoológico que visitábamos regularmente, a Erik le encantaba todo menos los osos. Le aterrorizaban los osos, aunque todo el mundo sabe que temen más a las personas que a la inversa. A menudo nos burlamos de él por eso. Entonces quiso demostrar su hombría y a la vez crear un bonito lugar de vacaciones constru-yendo una cabaña en el bosque de Suecia.

Le había ayudado durante más de una semana y media, cuando volé de vuelta a los Países Bajos para volver a trabajar. Erik tenía una semana más de vacaciones y se había quedado solo. No era muy fuerte, pero era hábil y la cabaña ya estaba tomando forma. Tres días después, la policía nos llamó a mamá y a mí con la triste noticia de que un oso pardo lo había agarrado. Probablemente, Erik había intentado defenderse de la bestia con un taladro, pero no tuvo ninguna posibilidad contra las garras y la enorme fuerza del oso. Lo golpeó brutalmente, pero Erik no volverá a sentir miedo.

\* \* \*

El bar está un poco tranquilo este martes por la tarde. Sólo he cortado tres pedazos de la tortilla. ¿Dónde están esos dos viejos amigos? Suelen venir todos los días. Paso un paño por el mostrador y miro el equipo de música. La canción está a punto de terminar. Una más y este CD estará terminado. El jefe se echará una siesta en casa dentro de poco. En la estantería de CDs busco algo más movido que este flamenco, para mantenerme despierto.

"Hasta más tarde", dice Paco.

"Te veo esta noche, Paco", respondo.

Poco después de que comience la primera canción del CD, entra un grupo de ocho personas. Siempre pasa lo mismo. El jefe se acaba de ir, tienes que arreglártelas sola hasta que empiece el vago de Enrique.

Tomo la orden. Afortunadamente, casi todos quieren vino tinto, que se sirve fácilmente.

La tortilla y una barra de pan se acaban en un santiamén, así que saco un chorizo de la despensa y corto unos trozos. Me arreglo el pelo y miro el reloj.

Carlo entra y me besa apasionadamente.

"Ese negocio con el comerciante de petróleo está como hecho".

"¿Cómo lo sabes con tanta certeza?", pregunto.

"¡Pero confía en tu novio!", responde Carlo.

"De verdad, amor, pero antes dijiste que el antiguo jefe había tapado muchas cosas".

"Sí, lo sé. Pero--"

"¿Puedo pedir seis vinos más y dos cervezas?", interrumpe nuestra conversación un cliente del grupo. Asiento con la cabeza y hago un gesto de que lo lleve.

"Susana, sigues siendo tan negativa, no estás en el modo correcto".

"¿Negativa? ¿Qué diablos se supone que significa eso?"

"La semana pasada tuviste una reacción similar cuando las aguas se complicaron con el otro caso".

"Sí. Ya sabemos cómo acabó eso, ¿no?"

"Por supuesto, pero eso estaba lejos de ser seguro".

"Amor, un poco de precaución no vendría mal. Eso es todo lo que quiero decir".

Carlo parece irritado. "Por favor, dame una cerveza. ¿Tienes otra botellita italiana?"

"¿Qué tiene de malo una de barril? Hace casi tres años que vives aquí. Intégrate un poco".

"¡Mira quién fue a hablar! Sólo llevas tres meses aquí".

Dejo de mirarlo y empiezo con el pedido del grupo. Enrique acaba de llegar. Le hago una seña y le digo que sirva tres cervezas.

Mientras pongo las bebidas, noto que Carlo me sigue con la mirada.

"Sigo disfrutando de tus ojos claros. Y tu sonrisa". Se atusa la barba, mientras su mirada sigue mi cuerpo.

Me hace brillar. "¿Qué hay de mi interior? ¿Qué te parece tan atractivo?"

"Pero eso ya te lo he dicho, ¿no?"

"Un poco de confirmación extra no vendría mal, Carlo".

"Lo sé, *piccola*, pero en realidad se trata de esas dos cosas. Tus ojos hablan y tu sonrisa revela tu interior. Tienes un carácter fuerte y me gustas por eso".

Bajo los ojos. "Macho". Me inclino un poco más hacia él y le acaricio el pelo. No puedo creer que haya pasado tres meses en Italia para ver algo diferente del mundo y que en mi segundo día en Granada me encuentre con él, un italiano de facto. Gracias a él, conseguí un trabajo en un bar, aunque terminé mis estudios. La vida está llena de sorpresas. Pero, ¿qué probabilidad hay de que vuelva a Argentina?

"¿En qué estás pensando?", pregunta Carlo.

"Oh, nada", miento.

"Sí, puedo verlo en ti. Este fin de semana por fin estoy libre de nuevo, así que vamos a hacer algo divertido".

"De acuerdo. Pero espero que esta vez ocurra, porque ya he oído esto antes".

"Lo sé, *piccola*, pero luego vino ese trabajo urgente. No pude hacer nada al respecto".

Suspiro. "Lo sé. Ahora sí que vamos a hacer algo de diversión. Quiero ir a ese mirador sobre la ciudad. Dijiste que podías ver una hermosa puesta de sol allí, ¿verdad?"

Carlo asiente. Junto a él, una mujer se acerca para ponerse de pie. "¿Puedo pedir en español? Sólo oigo italiano".

"Discúlpeme", respondo. "Por supuesto que sí. Después de todo, estamos en España".

"¿De dónde eres?", me pregunta. "Es evidente que no tienes acento de esta región".

"Buenos Aires", respondo. "En realidad, Rosario, que está a unas cuatro horas al oeste".

La mujer asiente comprensivamente. "Sí, de donde es Lionel Messi. Pero es del club erróneo".

Qué bien, España es tan futbolera como nosotros. "¿Pero por qué hablas italiano?", pregunta.

"Mi madre es hija de inmigrantes italianos y por interés viajé por Italia durante unos meses, como una cierta forma de sabático después de mis estudios".

"¿Y por qué has venido a España?"

"Porque en Italia, inesperadamente, no me sentía en casa. En realidad, todavía no entiendo por qué".

La mujer sonríe. "Bienvenido a nuestra hermosa Granada, donde me gustaría pedir un café con leche", dice, colocando el dinero en el mostrador.

\* \*

Después de casi tres semanas, mi español ha mejorado considerablemente. Este viernes, sin embargo, no me apetecía tomar clases y, por tanto, cogí el autobús. Elena, que acababa de cumplir dieciocho años, se había enterado de mi plan ayer cuando se lo conté a un compañero. Quería acompañarme y me había preguntado a dónde iba. No me gusta alejarla de mí todo el tiempo. Ya empezó durante el baile, cuando palpó desvergonzadamente mi trasero como un inspector de ganado. Por supuesto, me detuve demasiado tiempo en sus hermosos ojos verde-grisáceos. Es una pena que sea tan joven. Afortunadamente, su compañera de cuarto, Ioanna, es unos años mayor. Ella se queda una semana más, así que después de eso el sexo se detendrá por un rato.

Es increíble que sea la chica de al lado en el mismo complejo de pisos. Pocas veces ha sido tan fácil: basta con llamar a la puerta del vecino, sin obligación moral de quedarse a dormir. Probablemente habrá otra chica en mi camino pronto. Y como no tendré que dedicar mucho tiempo al curso de idiomas, sobreviviré.

Por supuesto, mi buena apariencia juega un papel importante, pero también soy bastante bueno manipulando a la gente. Eso debe venir de mi padre biológico. Después de todo, se llevó a mamá a la cama sin hablar una sola palabra de inglés. Y mucho menos el holandés. En mi mente, le doy un choque de manos. Debe ser innato, porque nunca lo he visto. Fue un romance de vacaciones, según mamá, que me fastidió el decimosexto cumpleaños. Qué ingenuo fui al pensar que Erik era mi verdadero padre.

Pero podría haber sido él, ¿no? Si él tiene los ojos azules y el pelo rubio y mamá tiene el pelo oscuro y los ojos oscuros, mi combinación no es malsonante. Además, mi nariz se parece mucho a la suya. Mamá dijo entonces que esto era una coincidencia. Sin embargo, mi curiosidad seguía siendo escasa; como joven de dieciséis años, tenía otras cosas por la cabeza.

No obstante, la dimisión colectiva del banco, unos diez años después, se convirtió en el motivo de la búsqueda. Mientras el autobús muestra la hermosa naturaleza del sur de España, pienso en ella. Los balances financieros no se aprobaron y, en menos de dos semanas más tarde, se inició una importante reorganización. Tres mil personas en todo el mundo fueron despedidas. En mi evaluación de rendimiento, intentaron acusarme de no conocer bien los productos financieros. Ya, y por eso llevo cuatro años marcando buenas cuotas de facturación con la estafa piramidal, ¡a la que solamente contribuía!

Pero primero tengo que aprender español, para poder hablar con mi padre biológico cuando lo haya encontrado. Y, por supuesto, disfrutar de la vida. El saldo de mi cuenta bancaria es suficiente para que me dure unos meses, sobre todo por las comisiones. Cuando se acabe, volveré a trabajar.

Mientras tanto, el autobús llega a la estación central de autobuses, donde veo un llamativo número de jóvenes. ¿Nadie tiene que trabajar aquí? En la escuela de idiomas me dijeron que cogiera el autobús 33 para ir al centro de la ciudad. Sale en dos minutos. Muy oportuno.

Después de conducir durante algún tiempo pasando por muchos pisos viejos y mal mantenidos, veo cada vez más edificios bonitos. Pasan las paradas con la Gran Vía en el nombre. Debería de ser por allí. Me bajo. Primero un cortado. Entro en una calle lateral y veo un pequeño bar. Se llama ‘Mesón Paco’. La fachada es de azulejos típicos de terracota. Parece auténtico, pero le vendría bien una reforma. Paso al interior con demasiado entusiasmo porque la puerta se abre de golpe y tropieza con el lateral.

En esta tarde libre, pienso en el grupo de amigos de Buenos Aires. Los echo mucho de menos. Aunque la comunicación es mucho más fácil que antes, la distancia física sigue siendo un obstáculo. Cojo el móvil y veo un mensaje de Juliana, que acaba de despertarse. Ha tenido otra pelea con su novio.

‘¡Deshazte por fin de ese *pibe*! Ya te lo dije antes’, le escribo.

Guarda silencio por un momento. ‘Lo consideraré’, es todo lo que dice.

‘¡Realmente es lo mejor para ti! Te daría un abrazo si no estuviera tan lejos de ti. XX’.

Me manda una foto de nosotras que nos hicimos hace probablemente unos siete u ocho meses. Esto me da mucha morriña. Llevo más de seis meses fuera de casa y echo todo de menos.

Por supuesto, Granada es una buena ciudad con una hermosa arquitectura y la Alhambra. Las influencias moriscas son claramente visibles; no se trata de eso. Pero cómo extraño a Argentina. No sólo los amigos y la familia, sino también la carne de la parrilla, que es mucho mejor que la que sirven aquí, las casas coloridas y, por supuesto, el maravilloso tango.

Oh Dios, cómo me gustaría volver a bailar en ese maravilloso edificio del siglo XIX, allí en esa calle lateral de la Avenida Santa Fe. El interior clásico, el suelo de madera que cruje y la ropa elegante...

El teléfono suena. Me sobresalto y necesito tiempo para volver a reaccionar. “Habla Susana”, respondo.

“Hola Susana, escucha, Enrique no se encuentra bien y quiere volver a casa. ¿Ves alguna posibilidad de venir aquí?”

Típico de Paco. Ni siquiera menciona su nombre, ni pregunta cómo va, sino que inmediatamente espera que esté lista para sustituirle.

Suspiro. “¿No estaba también enfermo la semana pasada?”, respondo, indicando que tengo pocas ganas de sacrificar mi única tarde libre por ese holgazán. “Además, ya hice una suplencia a principios de esta semana”.

"Ya lo sé Susana, pero un grupo de doce hombres ha reservado. Una despedida de soltero, creo. Vienen en media hora".

Genial, una despedida de soltero. Pronto estarán coqueteando contigo mientras estén completamente borrachos, y tendré que fingir lo divertidos que son.

Una hora después, sólo los dos viejos amigos se encuentran en el bar. Aunque ambos son muy tiernos, me molesta que mi tarde libre haya sido sacrificada para nada. Pero ya que estoy aquí, será mejor que lo aproveche.

Juanma vuelve a empezar con esa historia de la famosa bailarina de flamenco que cortejó hace unos cuarenta años y José me observa. Su mirada indica que esto va a llevar mucho tiempo de nuevo. Pero le permite a Juanma evocar ese recuerdo, probablemente por milésima vez. Escucho a medias y sonrío de vez en cuando, mientras pelo unas patatas para hacer una tortilla para los que quieran una tapa más tarde.

La puerta se abre. Un golpe seco contra la pared. Oigo que alguien se disculpa. Un pibe de unos veinticinco años, con pelo oscuro y ojos azules entra en el bar. Se acerca a mí y me guiña un ojo. "Un cortado, por favor".

Mientras preparo el café, siento que alguien me mira fijamente. Debe ser ese pibe. Me giro brevemente y veo que sus ojos se dirigen directamente a mis pantalones negros, tras lo cual me sonrío. ¿Realmente los hombres sólo se preocupan por una cosa? Ya estoy irritada por el hecho de estar parada aquí para nada y me vuelvo para terminar el cortado. Lo dejo y me acerco a Juanma, que sigue ocupado con su historia.

José bosteza ampliamente y da el último sorbo a su bebida. Inquietante, levanto la barbilla. Asiente con la cabeza: una más, entonces. Juanma ni siquiera se da cuenta, pero de todos modos ya ha tenido suficiente. Después de rellenar el vaso de José, el pibe me hace señas para que me acerque.

"¿Puede recomendarme algunos lugares de interés?", pregunta, con un acento llamativo.

"¿Qué buscas?"

"Una combinación de arquitectura y naturaleza", dice el pibe. "Preferiblemente con una distancia a pie".



Le miro sin comprender. "¿Con una distancia a pie? ¿Quieres decir que tiene que ser caminable?"

Por su cara intento leer de dónde viene, pero aún no lo he descubierto.

"Sí, a eso me refiero. No quiero estar en el transporte de autobuses todo el tiempo".

"¿Transporte de autobuses? ¿De dónde eres?", le pregunto.

"De Holanda", responde. "¿Oyes que no soy español?"

Tengo una diversión para mis adentros y trato de contener la risa. "Sí, eso es bastante obvio. ¿Qué haces aquí en Granada?"

"Oh, explorando la ciudad. Estoy aquí para... ¿Hablas inglés?"

"Razonablemente bien, pero no con fluidez".

Cuenta algo en inglés sobre un curso de idiomas y que trabajó en un banco. No entiendo todo, pero eso puede ser porque estoy ordenando algunas cosas.

José pone un billete en el mostrador. "Me voy", murmura. "Esto es para Juanma también. Se irá a casa solo en cuanto se dé cuenta de que ya nadie escucha su historia".

Me río. "Mañana te cuento".

"¿Tú también tienes un padre que está a menudo en un bar?", le pregunto al pibe, que se muestra claramente tímido ante el contacto.

"En mi decimosexto cumpleaños, mi madre me reveló un secreto", dice. ¿No ha entendido mi pregunta?

Continúa: "El hombre al que consideraba mi padre no es mi padre biológico. Esa es una de las razones por las que estoy haciendo el curso de idiomas, porque--"

El teléfono suena en el bar. Hago un gesto de disculpa y respondo. Es Paco. "¿Hay algo más que pedir para el grupo?", pregunta.

"Ahora sólo hay un holandés en el bar. Todo ese grupo nunca vino".

Paco responde con furia. "El volumen de negocio ha sido más bajo de lo normal durante casi medio año", grita.

Juanma, notablemente mareado, coge su abrigo e intenta sacar dinero de su bolsillo. "Ya está pagado, Juanma". Levanta la mano y se tambalea hacia la puerta.

"No sólo es molesto para ti", continuó, "porque podría haber disfrutado de mi tarde libre. ¿Ya tienes noticias de Enrique?"

"No, pero unos meses más con este volumen de negocio y puede que cerremos. Es de esperar que recibamos muchos turistas, de lo contrario puede permanecer enfermo todo el tiempo que quiera".

## \* 2 \*

Al mismo tiempo que me tomo el cortado, el mejor desde que aterricé en España, observo a la camarera. Tiene rizos marrones y unos llamativos ojos casi grises. Mide aproximadamente 1,70 metros y posee una figura normal, aunque un poco gordita en la zona de las caderas. Parece mucho más seria que yo y está claro que no se le escapa nada, aunque en este momento sólo seamos dos en el bar. De vez en cuando, saluda a un transeúnte.

Mientras la camarera habla por teléfono y la máquina de café expreso gorgotea, me acuerdo de mamá. No ha tenido ningún contacto con él desde aquella aventura de una noche durante las vacaciones. Sólo recordaba que se trataba de un hombre hermoso llamado Manuel, que alquilaba hamacas en la playa. Sabía que no iba a ser nada serio, pero se había dejado seducir tras unas cuantas copas y como resultado mi nacimiento, hace ahora veintisiete años. Resulté tener los mismos ojos azules brillantes y la misma bravura que él, exactamente los dos aspectos que tanto la habían atraído. El pelo oscuro venía de ambos lados.

Erik asumió muy bien el papel de padre; siempre me he sentido como su hijo. Su carácter tranquilo debe haber frenado mi coraje de la manera correcta. Nadie quiere un niño asustado, pero lo contrario tampoco es ideal. Por supuesto, influye el hecho de que, como hijo único, recibí toda la atención en casa, pero jugamos mucho al fútbol y Erik me inició en el mundo financiero. Un entorno en el que hay que trabajar a tope. El mismo mundo que hace poco me mostró la puerta de una manera muy dura. Así es. Gajes del oficio.

Guardo muy buenos recuerdos de aquella época. Las fiestas que se prolongaron por mucho tiempo, los diversos viajes a potenciales inversores. Y, por supuesto, el maravilloso escándalo de la secretaria casada que fue descubierta con un guardia de seguridad en la sala de dirección, nada menos que por el propio director.

Pero ahora pensé que había llegado el momento de buscar realmente a mi padre biológico.

Se coloca un mechón de pelo por encima de la oreja. Le pregunto cómo se llama. Se presenta como Susana y me pregunta si quiero otra bebida, porque tiene que seguir preparando las tapas. Ya he tenido suficiente y pago el cortado. No es un tipo de mujer fácil de seducir. De hecho, no parece interesada en absoluto. Es como si se presentara un oso panda con un plato de gambas.

A continuación, salgo del bar, abriendo la puerta con más cuidado esta vez. Una vez fuera, giro a la derecha. Sin un plan por Granada, eso debería funcionar, ¿no?

\* \* \*

Después de haber trabajado durante cuatro horas, recibo un mensaje de Carlo. Me escribe que esta noche tiene que trabajar hasta tarde, una cena de negocios con un portugués, pero que quiere compensarlo pasándose por nuestro piso. Según él no debería haber ningún problema, ya que es mi día libre. Decido llamarlo. El teléfono suena, pero no contesta. Justo después de colgar, me llama.

"Piccola, no pude contestar", susurra. "Estoy en el pasillo ahora mismo y tengo que volver a entrar, porque mi jefe volverá pronto. Además, me llama la atención que hable italiano cuando de momento sólo tenemos clientes hispanohablantes. Bien, y ese portugués".

"Lo entiendo amor, no importa. Sólo quiero informarte de que estoy trabajando ahora mismo y--"

"¿Estás en el trabajo?", me interrumpe. "Tenías libre, ¿no?"

"¿Con qué frecuencia te ocurre a ti lo mismo?", protesto. "Es que Enrique está enfermo otra vez y como se suponía que había una despedida de soltero aquí, tuve que sustituirlo. El grupo nunca apareció, así que bien podría haberme quedado en casa".

"¡Qué irritante! ¿Me paso por el bar más tarde? Todavía tengo una o dos horas antes de tener esa cena con aquel hombre y algunos de sus socios. Sabes que es un caso complejo, pero esta cena probablemente dará una buena orientación a la solución. Enton-

ces sí que estaré libre este fin de semana, como te prometí. ¿Hasta qué hora tienes que trabajar?"

"¿Pensé que todo estaba más o menos arreglado con ese hombre? De todos modos, probablemente hasta la mitad de la tarde. Paco volvería a llamar a qué hora puede venir a sustituirme. Al menos espero estar libre este fin de semana, ahora que Enrique volvió a estar enfermo. No me lo creo".

"¿Así que te vendría bien algo de compañía?"

"Estoy segura de que habrá otra cerveza italiana fría para ti".

La cerveza italiana y la cena de Carlo me hacen recordar aquel restaurante de Bari, junto a los familiares de mamá. Todo tipo de tíos y tías y primos míos, a los que nunca había conocido. Me arrastraron de un lugar a otro, disputándose con quién cenaría ese día. Incluso los aldeanos interfirieron, porque sería la mejor la pasta que era cocinada por ellos. Me demostrarían a mí, la argentina Susana, que no debería salir nunca más de Italia.

En esas semanas, aprendí más palabras malas que un italiano de alto nivel. Pero era tan agradable allí, en el tacón de Italia. Y qué vergüenza pasé un día, cuando no supe abrir esa cerveza durante la deliciosa y copiosa comida en el restaurante de la bodega. Por supuesto, en retrospectiva, fue una broma bastante acertada del 'tío' Pietro, hacer que un camarero encolara el tapón de una botellita ya abierta. Pero en ese momento no me hizo gracia.

Aun así, me sentí muy mal al dejar atrás a mi lejana y desconocida familia, y con ella esta hermosa región, para conocer el resto de Italia. A través de una serie de pueblos pintorescos, me dirigí a la ocupada y ruidosa ciudad en la que Maradona es considerado, como poco, un rey. Más de una vez escuché, o leí, '*Vedi Napoli e poi muori*'. Prefiero no morir durante mucho tiempo, pero verla ha sido estupendo. Con como punto culminante, por supuesto, la visita a Pompeya y al Vesubio, el volcán que siempre había querido visitar desde mis estudios.

Podría haberme quedado allí durante semanas si no hubiera planeado seguir parte de la Via Appia y llegar finalmente al museo al aire libre que se llama Roma. La antigüedad parece haber terminado ayer mismo. En dos ocasiones prolongué mi ya larga estancia en el albergue para no perderme nada. Casi sin quererlo me

quedé más tiempo en la ciudad, cuando el taxista estaba tan ansioso por enseñarme algunos lugares en los que aún no había estado que se le pasó el tiempo. Sólo conduciendo muy rápido y adelantando por la derecha, llegué justo a tiempo para no perder mi vuelo.

A pesar de todo lo que disfruté, no pude establecerme en el país. Todavía no sé por qué, pero no experimenté la sensación de hogar. Un poco decepcionada, volé a Madrid, donde pasé una semana paseando por una capital muy diferente. Y luego bajé al sur, a Andalucía, la región que Michaela me había recomendado. Quizá las cosas vayan mejor aquí en Granada. Una hermosa ciudad, gente amable, una agradable combinación de cultura y naturaleza. Y, por supuesto, porque vivo aquí con Carlo.

\* \*

Ya es de noche cuando me doy cuenta de que he sido demasiado impulsivo con esta excursión de un día a Granada. La ciudad tiene muchas cosas bonitas que ofrecer, aunque sólo he estado en una parte del centro. En realidad, debería buscar un hotel, pero no llevo nada conmigo. Será mejor que vuelva en otro momento. En vacaciones, siempre veo plazas, monumentos o lugares de la naturaleza diferentes a los del turista medio. Me doy cuenta de que en esos momentos me miran fijamente los lugareños, que están, por ejemplo, entretenidos en una fiesta regional. Afortunadamente, me interesan mucho las culturas de esta tierra.

Como ya no tengo ni idea de dónde estoy, le pregunto a un chico por la calle, que acaba de aparcar su coche, si puede ayudarme a encontrar un autobús que vaya a la estación de autobuses. Dice que tiene poco tiempo, pero que en algún lugar de la calle hay una parada de autobús. Por su acento italiano, tampoco es de España. Tiene el pelo negro, una barba inusual y me sugiere que le acompañe; de todos modos, tiene que ir en esa dirección.

Me doy cuenta de su forma de moverse. No es que cojea, pero tiene un aspecto extraño. Como si su pierna derecha estuviera en una marcha diferente. Doblamos la esquina y reconozco una tien-

da que había visto ese mismo día. Él gira en la primera calle lateral.

Sigo recto y le veo abrir la puerta de un bar. ¿No es el mismo bar al que fui? Sí, claro que sí. Entonces vine del otro lado. Pues la parada del autobús debe estar cerca de aquí. Después de buscar durante unos minutos, encuentro una parada de autobús en la que efectivamente, para el 33. Los coches pasan a toda velocidad; las calles están mucho más concurridas que cuando llegué hoy. Intento encontrar la hora de salida, pero es difícil de leer. Además, no entiendo todos los códigos. ¿Qué significa una X, por ejemplo, que aparentemente está colocada al azar entre las horas?

Como estoy tan concentrado en encontrar la hora a la que pasa el autobús, no me doy cuenta hasta que es demasiado tarde que está pasando. Miro justo a tiempo para ver la parte trasera del 33 girando a la derecha. ¡No puede ser! Y tampoco sé a qué hora sale el próximo. Sólo hay un anciano en la parada del autobús. Intento explicarle que quiero saber a qué hora pasa el 33. Asiente con la cabeza y dice que sale de aquí. Sí, eso ya lo sabía. ¿Pero a qué hora pasa el autobús? Me contesta, pero no entiendo ni una palabra. Eso puede tener algo que ver con el hecho de que parece que sólo le quedan dos dientes.

Ya no tengo ganas. Debe haber un taxi cerca. Busco en la calle y de hecho veo una señal de taxi en la distancia. ¡Perfecto! El taxi se acerca lentamente y levanto la mano. El conductor no para: el taxi ya está ocupado.

Al cabo de un rato, veo un taxi que circula por el otro lado. Mientras gesticulo frenéticamente, consigo que el taxi se detenga. Me subo y después de un buen cuarto de hora llego a la estación de autobuses. Allí veo que me queda media hora antes de que salga el autobús a Málaga. Compró un billete sencillo, me enciendo un cigarrillo y observo a un par de turistas que, con una mirada ajena al mundo, intentan leer en una nota a dónde tienen que ir y con qué autobús.

Varios africanos entran en la estación con grandes bolsas de chatarra. Sin duda, van a la costa a vender nueva basura ilegal. O para comprarlo. Lo he visto ya varias veces: ponen su mercancía en un trapo en el suelo del bulvar, donde los numerosos turistas

son víctima fácil. En cuanto la policía se pone a la vista, son advertidos por un cómplice y en poco tiempo ese mismo trapo es enrollado y arrojado a la playa. De esta manera, parece que sólo se están relajando. Está claro que a la policía le gusta seguirles el juego.

Unos minutos antes de la salida, subo al rugiente autocar, que está mucho más lleno de lo que esperaba. Tomo asiento en uno de los pocos asientos vacíos y miro por la ventanilla, hasta que me tocan en el hombro. Los asientos están numerados y estoy sentado en el lugar de otra persona. Malhumorado, me levanto y miro mi número. Tengo que retroceder un poco.

Cuando llego, veo que mi asiento es al lado de una mujer bonita de unos treinta años. Coge su gran mochila del asiento y me hace un gesto amistoso con la cabeza. Hablamos un poco. Al menos, principalmente ella habla y yo intento seguirlo todo. Sonríe de vez en cuando y no la miro demasiado, me digo a mi mismo. Le encanta mi acento y me anima a seguir aprendiendo el idioma. Le respondo sugestivamente que será más fácil si nos reunimos. Diez segundos después, su número está en mi móvil.

Susurra que se está cansando y apoya su cabeza en mi hombro. El truco tradicional. La rodeo con un brazo, le paso los dedos por el pelo y noto que mis ojos también se cierran. Cuando baja del vehículo, me da un abrazo, un beso en la mejilla y me hace un gesto de que la llame. Asiento con la cabeza y comienzo el último tramo en el autobús regional hasta el piso compartido. ¿Estará Ioana aún despierta?

\* \* \*

Carlo todavía no está en casa. En el reloj veo que hace tiempo que fue medianoche. Había enviado un mensaje de que iba a llegar tarde, pero había dejado un buen presentimiento sobre ese hombre. Pienso en el pibe que empezó a hablar de su desconocido padre biológico. Te ocurrirá a ti. No es que pareciera muy inseguro al respecto, pero bueno.

Entonces tienes la suerte de conocer a tus dos padres, aunque papá estuviera fuera a menudo por negocios. Pero ponía el pan en



la mesa y teníamos una buena vida en casa. Así que pude completar mis estudios, casi *cum laude* incluso, allí en la magnífica Buenos Aires. Y conservo un maravilloso grupo de amigos de la carrera. Las noches de copas no eran para mí, pero el baile sí. Mientras la mayoría de los estudiantes varones y casi la mitad de las mujeres bebían vino barato hasta pasada la medianoche, yo practicaba mis pasos de baile de ese maravilloso tango.

Mi perfeccionismo era lo único que me impedía bailarlo a nivel profesional. Es cierto que me dijeron que un error a veces no se castiga, pero me pareció que el tango merecía sólo las mejores parejas de baile. Por lo tanto, la decisión de no seguir con la enseñanza de la danza fue dura para mí. Los profesores no entendieron mi decisión. Pero como faltaban dos o tres meses para que me fuera a Europa, sólo tuve que superar un periodo relativamente corto sin tango. Y ahora, aquí en España, echo de menos mi país, el baile y mi grupo de amigos.

Justo cuando estoy pensando esto, recibo un mensaje de Juliana. Escribe: 'Rompi con él'.

Doy saltos de alegría. Finalmente, toma una sabia decisión, después de haber tenido tantos malos novios por su comportamiento inocente.

Inmediatamente le escribo: '¡Grandes noticias, preciosa! Ahora te sentirás mal, pero realmente tomaste la decisión correcta. ¡Espero volver a verte pronto!'

Ella responde: 'Yo también lo espero. Te echo de menos'.

Dejo el móvil y noto que empiezo a cansarme. Después de cepillarme los dientes, me cambio de ropa y me meto en la cama.

Entonces le envío un mensaje a Carlo: 'Voy a dormir ahora, espero verte pronto por aquí. Un gran beso'. Entonces pongo mi móvil en silencio. Vendrá más tarde.

A la mañana siguiente me froto los ojos y me estiro un poco. En el despertador veo que es más tarde de lo que pensaba; he dormido de un tirón y además muy profundamente. Miro a mi lado. Sin Carlo. ¿Ya se ha ido? Su lado de la cama no parece que haya dormido. Sobresaltada, cojo mi móvil para ver si he perdido un mensaje. Sólo leo algunos mensajes de amigas, preguntando si sé que Juliana está soltera de nuevo. Pero nada de Carlo.

Le llamo, pero me salta el contestador. ¿Qué está pasando aquí? Me hace estar muy despierta y sin saber qué hacer. No es propio de Carlo no aparecer sin avisar. Le contesto al buzón de voz. 'Amor, ¿dónde estás? No has enviado noticias tuyas y parece que no volviste a casa anoche. Por favor, póngate en contacto lo antes posible'.

En el trabajo apenas puedo concentrarme. Sirvo café para los dos viejos amigos en piloto automático. La preparación de las tapas también conlleva poca atención. Sólo después de unas horas recibo un mensaje de vuelta. En ella leo en español: 'Por favor, acuda a la comisaría central para más información'.

\* \*

Me doy cuenta de que ya he superado la mitad del curso de idiomas. No es tan fácil como pensaba, pero también estoy aquí para disfrutar de la vida. De vuelta de la escuela al piso, pido una copa de vino en el bar y me siento en la terraza.

A lo lejos oigo el sonido de sirenas, pero éste se desvanece. Veo pocos turistas. Sólo en una de las mesas más adelante hay un mapa de la ciudad y me parece escuchar algo japonés o chino. Las dos mujeres de mediana edad miran a su alrededor de forma incómoda. Que lo solucionen ellas. Es bueno estar aquí, así que no perderás tiempo.

Alguien más adelante me saluda. Es Armando, uno de los profesores de la escuela de idiomas. Le devuelvo el saludo con entusiasmo y le hago un gesto para que me acompañe a tomar una copa. Señala su reloj dando a entender que no tiene tiempo. Le digo que se lo tome con calma. Levanta el pulgar, pero sigue adelante. Tonto. Realmente no entiende lo que es la vida. Enciendo un segundo cigarrillo, mato una mosca irritante en la mesa y me recuesto.

Está muy bien hacer un curso de idiomas. Pero la vida real transcurre fuera de la escuela. Tuve un notable número de 'suficientes' en mi diploma, pero siempre he sido un hombre práctico. ¿De qué sirve una buena nota para calcular de forma independiente todo tipo de ratios supuestamente muy importantes, pero

en realidad sin sentido, si no se puede vender un producto financiero? Harían mejor en dar clases en ese aspecto. Por supuesto, aquella advertencia estaba justificada después de que se revelara que una vez me había acostado con la esposa famélica de un hombre rico. Pero eso es el riesgo del servicio externo.

No sólo ocurre en la televisión. Vienes por algún tipo de producto financiero, palabrería en realidad, y el pago en género, a cambio de algún descuento, es simplemente aceptable para mí. Mientras tanto, les vendes otra cosa de la que sólo puede beneficiarse el banco, y así acabas con cifras de facturación elevadas.

Te llevas un par de bonos, que utilizas para llevar a una chica a cenar a un restaurante de lujo y pides una botella de vino demasiado cara. Para al menos el ochenta por ciento de mis compañeros, su vida futura consistirá en sentarse en una oficina y esperar que su dirección aprecie sus habilidades aritméticas. No quiero pensar en ello.

\* \* \*

Salgo corriendo y paro un taxi. "A la comisaría central", grito. "Y rápido, por favor".

"Si vamos lo suficientemente rápido, un coche de policía te escoltará automáticamente a la comisaría".

"Por favor, no estoy de humor para bromas".

Paco responde de inmediato a mi llamada desde el taxi. "¿Pero qué pasa, Susana?", pregunta.

"No lo sé", grito. "¡Pero me parece que está mal!"

"Te he dicho muchas veces que los italianos no son de fiar".

"Ponte serio, Paco. Tal vez sea algo grave. ¿Pero ahora me sustituyes?"

"Sí, mantenme informado".

El conductor conduce bien, aunque no parece ir lo suficientemente rápido. Mientras tanto, por mi cabeza pasan todo tipo de imágenes de las cosas horribles que podrían haber sucedido. Mi racionalidad intenta intervenir: ¡entonces no envían un mensaje, sino que la policía viene a la puerta! Sí, pero aun así. Mi mensaje no ha sido contestado, así que todavía no sé nada.

Entro rápidamente en la comisaria. "Buenos días. Vengo por Carlo Angioli. ¿Puede ayudarme?"

"¿Cómo se llama?", pregunta estoicamente la mujer.

"Susana Fueyo", respondo. "Soy su novia".

"Por favor, tome asiento. La llamarán en un momento".

"¿Pero qué pasa?", pregunto. "Puede ser grave. Recibí un mensaje en el que me decían que me darían más información aquí".

"Cálmese señora, será llamada en un momento".

"¡Pero acabo de decir que ni siquiera sé si es grave! ¿De verdad no puede decirme nada?"

La mujer me sostiene la mirada. "Por favor, tome asiento".

En una combinación de frustración y miedo, compruebo mi móvil cada pocos segundos, pero no entra ningún mensaje. Aun así, vuelvo a llamar y salta el contestador. Los segundos parecen minutos, los minutos parecen horas. Me estoy volviendo loca. Qué pasa con Carlo?

Me están entrando sed y hambre, pero al mismo tiempo no. Sin embargo, busco una máquina expendedora. Allí compro una botellita de agua, con la esperanza de calmarme un poco. Siento que se me saltan las lágrimas. Lágrimas de impotencia, de incredulidad y sobre todo de desesperación. ¿Por qué nadie dice nada?

Finalmente, escucho mi nombre.

"¿Señorita Fueyo?"

Inmediatamente me pongo de pie, pero a pocos asientos de distancia también lo hace otra persona. La miro; probablemente ha malentendido el nombre. El policía parece sorprendido, pero luego aclara: "El caso Angioli". ¿El caso? Siento que el corazón me late en la garganta.

"Sígame, señorita Fueyo".

Perpleja, le sigo. "¿Qué pasa, señor?", le pregunto. "¿Le ha pasado algo a Carlo?"

"Señorita, le pondré al corriente enseguida".

### \* 3 \*

Acordé ir a la playa con un pequeño grupo de la escuela de idiomas este sábado por la tarde. Es cálido para la época del año y, por tanto, perfecto para pasar el rato. Se abren unas cervezas y me enciendo un cigarrillo. ¿Papá habría vivido así? Mamá hizo ver que era un perezoso, pero que te gustaba estar a su lado.

Miro un poco a mi alrededor, mientras los otros chicos hablan entre sí. Veo a un par de parejas haciendo jogging. Es bastante popular aquí los fines de semana. Y no les culpes, si puedes correr por el paseo marítimo durante unos cuantos kilómetros con una agradable brisa marina y el sol en lo alto.

Me queda una semana más, pienso. Después, el curso de idiomas habrá terminado y podré hacerme entender razonablemente bien. Tocaré iniciar la búsqueda de papá el próximo fin de semana, aunque con esta vida no tengo prisa por hacerlo. Sólo hay que disfrutar del entorno, comer y beber bien por todas partes y hacer nuevas amistades. De hecho, mañana volveré a comprar preservativos.

Eso me acuerda que iba a encontrarme con esa mujer del autobús de vuelta de Granada. Eso fue hace una semana. Tal vez más. ¿Cómo se llamaba? Lo he olvidado. De repente pienso: ¡contactos recientes! Después de todo, ahí es donde introduje su número. ¿Pero es aconsejable llamarle ahora, después de esas cuantas cervezas? Decido dejarlo para mañana. Claramente mostró interés, así que está bien.

Mi cigarrillo se ha terminado; apoyo la cabeza en la mochila que había traído. Es fantástico echarse una siesta en la playa. Uno de los chicos me lanza agua. Levanto el dedo corazón, bajo un poco más la cabeza y cierro los ojos. Las conversaciones de los demás se desvanecen rápidamente. Las impresiones del curso de idiomas pasan como un relámpago por mi cabeza. El profesor ha dicho que de todas las respuestas del primer día a la pregunta de

por qué todos querían aprender el español, la mía era la más original. La mayoría lo hace para hacerse entender en las vacaciones, aprender un idioma más y, a veces, por un romance vacacional. Y que el amor vacacional tuvo más consecuencias en mi caso. Pero, aparte de divertirme, ¿qué he hecho realmente en la búsqueda en este último mes? Tal vez sea el momento de involucrarme más. ¿Hasta dónde se puede llegar con sólo el nombre de Manuel, una descripción muy vaga de su aspecto, que trabajaba en la playa de la Costa del Sol y que debe tener ya unos cincuenta años?

Decidimos comer algo y buscamos un chiringuito en el bulvar, donde se ahuman sardinas frescas sobre un crepitante fuego de leña. El ambiente es muy relajado en esos chiringuitos. Hablo con uno de los chicos, mientras un hombre de la dirección opuesta me lanza una mirada amistosa y nos pasa. Me da la sensación que eso sería la culminación de una búsqueda que ni siquiera ha comenzado. ¿Pero no podría ser? Les pido a los chicos que esperen mientras me doy la vuelta. El hombre está marchándose, así que tendré que seguirlo. Acelero el paso, camino junto a él y le digo que tengo una pregunta. Parece encajar en el perfil y miro sus ojos azul pálido. Siento el corazón en la garganta. ¿Cómo empiezo?

Le pregunto si se llama Manuel. Lo confirma y quiere saber de qué debería conocerme. Siento incredulidad y esperanza a la vez y respondo que no me conocerá pero que estoy buscando a mi padre biológico. Ahora se estremece y dice que no le gustan esas bromas. Le pido disculpas al darme cuenta de que esto ha sido demasiado directo. Entonces le explico que efectivamente es así, pero que sólo tengo una vaga descripción de quién podría ser.

Reacciona ligeramente irritado porque tiene tres hijos y los conoce bien. Se encamina a la actuación de uno de ellos y ya llega tarde. Luego sigue marchando. Estoy perplejo y no sé qué hacer. ¿Esta es la forma en que voy a manejar esto en el futuro? Acercarse a desconocidos, preguntarles su nombre y si existe una posibilidad de que sean mi padre... Entonces será mejor que me vaya a casa. Desilusionado, vuelvo al grupo.

Todos los chicos se echan a reír y dicen que no sabían que me gustaban los hombres mayores. No creo que sea un comentario

apropiado. Les digo que pensé que podría ser mi padre y empeoran las cosas. Se ríen aún más y me dicen que no sueñe de ese modo. Tienen razón.

Entramos en un chiringuito de aspecto auténtico un poco más adelante, con vistas al mar, y se ve una playa preciosa. Un mar calmado hace que el sonido de las olas contra las rocas sea casi inaudible. Papá, ¿dónde estás?

\* \* \*

Todavía estoy lejos de entenderlo, cuando he terminado de escuchar la historia. Intento hacer asociaciones con todas mis fuerzas, mientras mis ojos van de un lado a otro por las líneas de la pared de azulejos irregulares.

"¿Quiere decir que Carlo es sospechado de corrupción?", pregunto sorprendida. "Se equivoca rotundamente. Realmente no es así".

"Más gente piensa eso de los demás, señorita. Nuestra investigación se fijó en él, como representante de nuestro principal sospechoso. Éste ha desaparecido sin dejar rastro, pero lo localizaremos. Sometiendo a presión al propio señor Angioli si es necesario, que de momento guarda silencio".

"Carlo tiene que mantener el secreto profesional. Nunca lo infringirá".

"Conocemos el estado de derecho, señorita. No hace falta que nos lo explique. Con todo el respeto, tenemos que obedecer la ley al igual que usted y el señor Angioli".

Enfadada, golpeo la mesa. "¡No es justo!", grito. "Estoy segura de que Carlo ha caído en una trampa. Una acción sucia y premeditada para dañarlo".

"Señorita, por favor, mantenga la calma. No tiene nada--"

"¡No me diga lo que tengo que hacer! Trate de entender mi perspectiva. Me han tenido en vilo durante horas y ahora me entero de que es sospechoso de algo de lo que estoy segura cien por cien de que es inocente. Es un buen abogado y definitivamente no es corrupto".

"Señorita, si es un buen abogado, no hay duda de que sabe lo que es bueno y lo que es malo. La corrupción entra dentro de lo malo".

Puedo contenerme, a pesar de que me dan ganas de golpear o patear a este insoportable policía. Suspiro profundamente un par de veces y decido que es mejor intentar estar lo más tranquila posible.

"¿Cuándo puedo verlo?"

Parece pensativo. "De momento no puede verlo, señorita. Todavía está siendo interrogado y, por lo que me han dicho, no está contando mucho sobre su papel en este caso. La buena noticia es que a usted aún no se le considera una coacusada".

Casi exploto. "¿Coacusada? ¿Cómo se atreve?"

"Yo sólo le estoy diciendo esto, señorita. Es un caso grave que no se resolverá en un día. No queremos, ni podemos, descartar nada todavía. Así que es libre hasta que se demuestre lo contrario, o surjan sospechas de que usted juega un papel. Sin embargo, le pedimos que esté disponible para nosotros por teléfono en cualquier caso.

Espero que esto sea una fantasía y me pellizco el brazo, pero siento dolor. También es real el olor a sudor en este despacho.

"¿Y ahora?", pregunto. "¿Y ahora qué?"

"Le mantendremos informada tan pronto como haya algún progreso, señorita. Lo mismo cuando pueda ver al señor Angioli".

Poco después, salgo a duras penas de la comisaría. ¿Cómo voy a explicarle esto a Paco? Este es el peor fin de semana de mi vida. Sigo sin poder hablar con Carlo y Enrique parece estar realmente enfermo esta vez. Paco se negó a apoyarme al principio, porque como propietario quiere estar en el servicio lo menos posible. Incluso el auxiliar, disponible un máximo de dos días a la semana, está ahora libre para preparar los exámenes. Me doy cuenta de que estoy haciendo mi trabajo con una falta total de concentración. Las conversaciones entre Juanma y José ya no me interesan.

"Debes saber que me das pena, Susana", dice José. "Es inconcebible que esos policías ni siquiera digan lo que está pasando".

"Gracias, José. Mientras tanto, tengo entendido que están registrando intensamente el móvil de Carlo en busca de datos incriminantes".